

X GALO RENE PEREZ

X RUMBO A LA ARGENTINA

Meditación sobre Lima

Un paisaje cuyo carácter más visible es la parda hosquedad se ofrece al viajero que vuela sobre el territorio peruano con rumbo a la ciudad de Lima. Lo componen extensiones de suelo rugoso y triste, que en algunos lugares se sublevan en promontorios deleznales, simulando hacinamientos de polvo que hubieran llegado hasta ahí al impulso de enormes ventiscas. Tierra desolada y hostil, da la impresión de que repele al hombre que busca suavizar el campo para aposentar en sus senos la semilla. La morada humana no comparece en la infinitud cenicienta de tales dominios, tan diferentes del risueño yacijo de nuestros valles serranos y de la fecundidad desgobernada, casi totalmente perdida, de nuestros litorales, que son imágenes que también se captan en el mismo vuelo.

Pero el viajero ecuatoriano puede quizás atisbar otras diferencias entre aquello y lo que es suyo bajo el rubro afectivo de la patria, y esas diferencias tendrán que lastimarle sin duda. El Perú revela que se ha afanado en dar una articulación corporal a sus regiones. Las ha sujetado efectivamente en un haz, mediante caminos que tocan en las esquinas más lejanas de su suelo. Y ha sabido generar una política exterior silenciosa pero eficaz para defender aun los frutos de la usurpación. En cambio nuestro país ha mantenido disyuntas, incomunicadas, inconocidas, inaccesibles e inaprovechadas grandes partes de su desmedrado territorio. Y, para agravarlo todo, los factores de la funesta descomposición interna se han aliado con los de una diplomacia generalmente inepta, ociosa como despistada.

Mi llegada a Lima fue un nuevo reencuentro con la ciudad. La he visitado varias veces, siempre como punto de tránsito hacia el sur. Pero la impresión de ahora ha diferido en cierto modo de las que llevaba aposentadas en mi memoria. Los encantos que nunca dejé de evocar, de algunas de sus plazas y avenidas, de sus jardines y arboladas, de sus tesoros históricos, volvían —ellos sí— a cobrar rasgos presentáneos con la misma sugestión de otrora. Mas el ambiente de modernidad febril que hace años consiguió exaltarme, apenas podía advertirlo esta ocasión. Tendría yo que precisar si Lima ha perdido aquel su ritmo de adelantos materiales, o si, por fortuna y pese al torpor y desbarajuste de nuestras administraciones municipales, Quito ha ido salvándose de su astenia y creciendo bajo la demanda de los tiempos.

Las pobreza que corroen la vitalidad de nuestros pueblos formaban la impresión primera, inesquivable, a mi arribo a la capital limeña. Tiradas al borde de la avenida que corre desde El Callao contemplaba las viviendas ruinosas de la gente humilde. Su chatedad, su lobreguez, su semblante ultrajado por el polvo y el abandono material me parecieron un testimonio muy claro de los problemas que afligen a aquel país. Y la imagen del contorno se iba corroborando con las expresiones sencillas con que espontaneaba su descontento el conductor del taxi. Me hablaba de las dificultades para la vida, del trastorno político todavía reciente y de la cobardía de los dirigentes populares que abdicaron de su triunfo electoral. Horas después, al presentarme en las oficinas que debían arreglar mi vuelo del día siguiente, sufría también yo las consecuencias de ese malestar económico. Se me obligaba a pagar un apreciable gravamen por mi fugaz permanencia en territorio peruano. Ello me traía, desde luego, el desventurado recuerdo de lo que suele ocurrir entre nosotros, que también vivimos saboreados por impuestos que jamás dejan de multiplicarse. Tal es la política rudimental y premiosa de algunos gobiernos paralíticos de estas pequeñas repúblicas.

En las calles céntricas de Lima —sus "jirones" que bullen de mucha gente—, di con manifestaciones silenciosas de trabajadores y estudiantes que portaban carteles en que se exigía el exterminio de la usura y el despotismo bancario. Como el vapor que gime en las calderas, según la metáfora rodosiana, la aflictiva situación de las mayorías parece que

quiere razones de alivio para no tener que estallar con riesgo de la paz y de las leyes. Pero la prensa se muestra bastante remisa para la denuncia de esos agudos problemas. Algunos diarios concentran su afán en ofrecer al gran público, de manera casi omnímoda, la llamada crónica roja, rica de detalles de las aventuras hampescas, y pobre, en el mismo grado, de pureza y claridad idiomáticas: la jerga plebeya ha pervertido la redacción de más de una crónica, al punto de volverla ininteligible.

El Jirón de la Unión, que los limeños lo han convertido en su "calle Florida", y por donde circulan abigarrados grupos humanos, de preponderantes rasgos mongólicos, proyecta de todos modos un influjo seductor sobre el alma del viajero. El buen gusto y la animación febril presiden sus tiendas de comercio y sus cafés. Precisamente en rededor de la mesa de uno de ellos, y mientras poblaba de reflexiones mi callada soledad, volví a sentir la deleitosa atracción de la música peruana. Hay voces femeninas de aquel país que han cautivado en el mundo entero y que han tornado muy grato su doliente cancionero. El caso de Ima-Súmac es prueba de ello.

La multitud que no cesaba de golpear con paso uniforme las losas del Jirón de la Unión y que iba buscando con orden un sitio en las esquinas, a fin de aguardar el ómnibus o el tranvía, me imprimía la imagen del crecimiento humano que ha hecho de Lima una de las capitales más extensas y pobladas de nuestro continente.

En Santiago de Chile

Santiago de Chile es una de las capitales hispanoamericanas con mayor capacidad para subyugar al viajero. Su atmósfera es de las que se entran en el alma para siempre. Hay amores, hay desposorios espirituales que se establecen entre las ciudades y los viandantes que pasan por ellas acariciándolas con la mirada codiciosa, respirando con emoción entre sus rincones, palpándolas casi con el corazón. Los lazos para estrechar que tiene Santiago son de ese orden sentimental. El que quisiera explicar las causas de aquel aire imantado no acertaría jamás a ponerlas en claro totalmente, ni tras el empeño de enunciarlas una por una. Tal es lo que también ocurre con el flujo del ser que mueve nuestra an-

siedad de conquista, de posesión mutua, de compartimento vital y deleitoso.

Pero Santiago de Chile no es capital que se ofrece al primer golpe de vista. Cuando se entra a ella por el aeródromo de Cerrillos, que está un poco lejano del nudo central de la urbe, es forzoso recorrer avenidas y calles en cuyas márgenes las construcciones ostentan cierto rostro todavía provinciano. Las gentes que radican en éstas parece que hacen una vida que acuerda bien con el sosiego ambiente. El cinturón de las metrópolis revela por lo común ese carácter. Los barrios apartados profesan una conducta sin duda autonómica respecto de los lugares céntricos. Son parte de la capital, pero al mismo tiempo dan la impresión de que no lo fueran.

Tras recorrer zonas santiaguinas que se insinúan con esa tediosa extensión, y hacia donde parece que ha sido echado el pueblo humilde por la borrasca de la pobreza material y los fracasos, el viajero penetra en el corazón urbano. Se ve de pronto como inmerso en la magnitud oceánica de la ciudad. Los rumores pueblan el ámbito. Las multitudes de fisonomía indiscernida pasan golpeándose entre la eminencia de los edificios, que se yerguen con vigorosa impulsión a ganar el alto espacio.

La calle Ahumada, la calle Estado, La Alameda y tantas otras vías son testimonio de la sugestiva modernidad de Santiago. Tienen construcciones de pisos innumerables, y cada una de éstas ocupa el área de una manzana entera. Todas son como un colmenar, por el caudal humano y su actividad intensa.

Pero conviene que no se malentienda esta admiración por la monumentalidad arquitectónica, imaginando que es ingenuo eso de deslumbrarse con la fachada ingente. Porque la ciudad que descubre aquella grandeza material está voceando una serie de excelencias que merecerían la dialéctica prolija de estadistas, economistas y sociólogos. Y todo es signo, además, de que una capital con ese carácter se ha ido incorporando saludablemente al ritmo de nuestro tiempo, mientras muchas otras se están como pasmadas, o cabeceando todavía con el bostezo de la aldea.

La misma animación febril, el mismo anhélito de vida con que me cautivó Santiago hace más de un decenio, es lo que he vuelto a pulsar en esta ocasión. En los corros del café, en los escenarios dramáticos, en la prensa se habla de la

pujanza del pueblo chileno, que quiere salvarse de la prò-celosa situación de su economía con un esfuerzo que salga de sus propios brazos. De ahí que sea común e insistente la alusión peyorativa a los planes de ayuda exterior, que demora en llegar y que suele venir aparejada a más de una condición de sometimiento. Pese a múltiples contrastes, no es difícil advertir una onda de confianza y optimismo circulando por la atmósfera de Santiago.

Pero el cosmopolitismo de la capital no ha dejado de poner su toque funesto en la existencia de ella. Ha agravado la depauperación de ciertos grupos humanos, que no hallan un trabajo digno, y ha estimulado la prostitución hasta grados inimaginables. Hay mujeres de singular encanto que aguardan la oportunidad de su triste aventura en las esquinas y las galerías de la calle Ahumada, o en cualquier apostadero de los ya conocidos...

Era Goethe quien decía que visitaba con mayor emoción una ciudad en la que antes estuvo y no otra nueva cargada de incitaciones y de gracia para deslumbrar al viajero. El claro patriarca estaba quizás en lo cierto. La nostalgia comunica un estilo entrañable al perfil de todas las cosas. Volver a mirar lo que un día se ha dejado lejos es doblemente grato. Ya no se mira con los ojos. Se mira con el corazón y la memoria. Por eso creo que torné con la más viva delectación a los rincones que otrora se me fueron haciendo familiares. Divagué por las plazas y avenidas de Santiago. Estuve de nuevo en el Parque Forestal. Y de nuevo ascendí al Cerro de Santa Lucía.

El hermoso cerro está en un punto central de la urbe. Es un mirador de dimensiones semejantes al que en nuestra ciudad gruñe todavía de miseria. Hay caminos que suben cómoda y graciosamente por los repechos, entre árboles y barandales floridos, hasta dominar la cumbre. Hay escalerillas perdidas entre la fronda y trabajadas sobre la piedra, que con su humilde basteza cumple un imponderable papel estético. De todas las irregularidades topográficas se ha extraído un recurso de belleza, un elemento de arte y adorno. El Cerro de Santa Lucía, con sus fuentes y sus bronce, con su museo popular y sus reliquias históricas, con sus árboles y rosaledas, es uno de los rasgos que completan la cautivadora fisonomía de Santiago. Es necesario subir hasta su cima para apacentar holgadamente la mirada en la perspectiva de la gran capital.

(Pobre sueño el de los quiteños, que deseamos que nuestro cerrito, El Panecillo, saturado hoy del aguardiente de las tabernas que vacilan en torno, pierda un día su figura de abanderado del desaseo, la ruina y la miseria).

Imágenes de Mendoza

El tramonto de las nieves andinas con que se completa el vuelo desde Santiago de Chile hasta la ciudad argentina de Mendoza, y que deja ver en dimensiones impresionantes el roto molar de las montañas, comunica de cualquier modo un estremecimiento de inseguridad. La navegación aérea debe esforzarse para dominar la reciedumbre de ese paisaje de oquedades, tajaduras y agudezas caninas. El perfil tormentoso de las sierras parece que rasga el aire con la misma caligrafía violenta del relámpago. Hay momentos en los que avanzan militarmente grupos compactos de nubes, y entonces se forma una frontera impenetrable que divide la tierra y el espacio que surca el viajero, agravando el sabor de sus preocupaciones e incertidumbre.

El gesto colérico de las tierras andinas obliga a su habitante a vivir concentrando la energía y convirtiendo el carácter en una almena emparentada con la cordillera. Entre soledades y asperezas exuda su existencia el trabajador de tan inhóspitos parajes. Y también éstos, como muchos otros puntos de la sierra americana, han tenido que ser escenario de episodios heroicos del pasado. Por allí cabalgaron los ejércitos libertadores, y tiempo después, entre los azares de la iniciación republicana, hicieron idéntico camino los ciudadanos que, como Sarmiento, sufrieron pena de destierro por defender la integridad y la práctica de las instituciones de la civilización y la democracia.

Antes de mi arribo a Mendoza conversé brevemente con el pasajero que ocupaba el asiento vecino. Ese amigo encontradizo, nativo de aquella ciudad, me habló de algunos aspectos mendocinos bastante sugestivos, que se corroboraron plenamente en los días de mi estada. Pero también halló confirmación, con el trato de nuevas gentes, el gusto de sincera cordialidad que me dejó aquel desconocido contertulio.

La situación política argentina estaba convulsionada en esa semana de septiembre. Había amagos de una revolución que podía tener el costo de muchas vidas. Circulaban

noticias sobre el despliegue de las fuerzas armadas en las calles de Buenos Aires, prontas a convertirse en la escena de una catástrofe colosal. Todas las maniobras comparecían a poner en claro el apetito de mando de cierta casta militar. Y es que en buena parte de nuestra América sigue pesando brutalmente el puño del soldado, herencia maldita de los años belicosos de la emancipación. Los argentinos estaban convencidos —y seguirán estándolo— de que sufrían desde hacía largo tiempo los estragos de la ambición de sus Generales, y que la calma que consiguieron en las últimas semanas no era sino aparente. Por debajo de la engañosa superficie se adivinaba ya el descontento multitudinario, que ruge todavía buscando un sacudimiento radical. La política que se urdió con grande sigilo, mediante transitorias conciliaciones, hizo que se detuviera aquella tempestad, no se sabe hasta cuándo.

La agraria condición de los acontecimientos determinó que no dejara de desplazarnos, a los viajeros de ese día de septiembre, nuestro contacto con las autoridades del aeropuerto de Mendoza. Se ejerció una pesquisa gruñidora en nuestras valijas. Nunca es más triste que en esos casos la condición del peregrino. Pocas humillaciones se comparan con la de ver sorprendidas las intimidades de nuestro equipaje, que son las de nuestra persona. Los guardias de las aduanas encuentran el motor de sus obligaciones en sospechar de cada viajero, en querer descubrir en éste un contrabandista, por lo menos potencial.

Libre al fin de esas tenazas inquisitoriales, tan comunes en nuestro tiempo, tomé rumbo al centro de la ciudad. Mendoza se me mostró con semblante y temperamento muy propios. El extranjero que pasa por ella se esfuerza en paladearla de veras. No es como su vino, que se deja gustar al primer sorbo. Porque Mendoza no es la urbe de arquitectura colosal, y a pesar de ello es moderna. Tampoco es un lugar con el tufo de la provincia, y no obstante circula por casi todos sus rincones un aura campesina. Es extensa y animada. Pero también ofrece rasgos de recogimiento y languidez, como de duermevela. Acaso es una ciudad hecha para vivir plenamente y sin menoscabo de la paz interior. Probablemente le hubiera placido a Unamuno, que con tanto gozo hablaba de los sitios para estar, para envejecer despacio.

Centenares de miles de mendocinos la pueblan. Ellos han preferido la construcción de un solo piso, o sea apenas la tibia morada familiar. Las avenidas espaciosas y las amplias aceras de losa brillante son las que le dictan el gusto de la modernidad. San Martín, Las Heras, Colón, Patricias Mendocinas son arterias de mucho movimiento. Las tiendas y los cafés estimulan su vida febril. Precisamente en la Avenida de San Martín hay un café muy frecuentado, sin duda por la atracción magnética de su arreglo. Hermosas escaleras circulares conducen hasta un piso alto, en donde con el mismo sentido se han dispuesto las mesas. Y desde ellas es doble contemplar las vitrinas que un lujoso comercio ha establecido en la parte baja, y que forman un encierro de cristal para el surtidor de la fuente aposentada al fondo del edificio. También a ésta se la conoce con el nombre, tan difundido, de "fuente de los deseos". Y también a sus aguas transparentes se suelen arrojar tres monedas, pero formulando un deseo único, que no dejará de cumplirse: el de ayudar a la educación de la niñez que se halla menesterosa del socorro público.

El mendocino busca siempre que sus cosas se hallen presididas por el buen gusto. De ahí que su ciudad conserve un aire de poesía eglógica. No hay una calle de las suyas en la que los árboles no enlacen armoniosamente las ramas. Y miles de gorriones y de torcazas afinan activamente sus silbos desde la amanecida. Como no hay morada que no esté ceñida por esta campesina vigilancia vegetal ni despojada de esta corona alucinada de canciones, habrá que suponer el dolor que le causará al hijo de Mendoza el alejarse de su volatería musical. Está acostumbrado a ella en el mismo grado que el hombre de los litorales al acompasado lamento de las olas.

Otros rasgos de Mendoza

Los mendocinos inauguran su primavera en la última semana de septiembre. El cielo azul adquiere una pureza que rima perfectamente con las nieves cercanas de la cordillera. El sol pone brillantéz en el monetario de bronce que simulan las acequias que corren con dulzura por las calles de la ciudad. El aire límpido se torna musical gracias al pecho tembloroso de esa república alada que vive cantando entre las ramas de los árboles urbanos. Por las amplias ave-

nidas se ven grupos albos de muchachas. Son estudiantes que pasan con rumbo a sus colegios. Todas llevan un delantal blanco por uniforme. Y eso constituye una lección que no debiera ser desoída por las autoridades de tantos lugares en donde se permite o estimula el alarde costoso de los trajes escolares. Una onda humana placentera es lo que se percibe en ese fresco movimiento moceril.

Pero Mendoza es, como todas, una ciudad en la que conviven circunstancias totalmente disparejas, ya en lo educativo y cultural, ya en las fragosidades de lo económico. Sobre el temperamento popular, cuyo denominador común es de gárrula disposición al optimismo, no deja de pasar como un velo que tiembla el sentimiento de la melancolía. Por ello su hermoso cancionero suspira dolidamente, revelando un parecido de familia con los sones plañideros de Bolivia y de otros países de América en los que aún prevalece el acento pesaroso de lo aborigen. Las "peñas musicales" mendocinas no ocultan su dilección hacia esas agudas notas de tristeza, cuya eficacia sentimental es mayor en virtud de los aciertos de la letra que las contiene. Tan incontrastable ha sido la sugestión de aquellos cantos folklóricos, y en general de los del norte argentino, que hoy tienen cálida aceptación en la propia capital. El manadero aborigen de esa música explica por qué uno de sus más celebrados intérpretes en la Argentina ha adoptado el seudónimo de Atahualpa Yupanqui.

Este y otros respectos descubren un rasgo que se le escapó a la perspicacia de Ortega y Gasset, o acaso señalan algo como una mutación en el carácter de aquel pueblo, calumniado más de una vez. Ciertamente es que Mendoza se halla separada de Buenos Aires por leguas y leguas pampeanas, y que los caminos de la cordillera le han traído muchas gentes de Chile y de Bolivia. La inmigración boliviana, de trabajadores humildes, ha sido frecuente. Se han dirigido ellos a ese lugar para ofrecer sus brazos en la abundante cosecha de la vid y en la industria del vino, y allí han resuelto radicarse. Pero se los ve vivir con su irrenunciable aire de forasteros, con su carga de humildad y pesadumbre indígenas, con su vieja hermeticidad. Aun más, muchos se han desplazado a la periferia urbana, a los arrabales mendocinos. Es decir, con su fracaso a rastras, han ido a ocupar las llamadas "villas-miseria".

Estas son lo que las favelas de Río de Janeiro o los feos tugurios de nuestra ciudad, aunque sin tener las condiciones espantables de las unas ni de los otros. Porque no son un hacinamiento de desechos, cual las moradas cariocas, ni las casucas ióbregas que hacen esfuerzos para sostenerse en los albañales de nuestros barrancos, ni los agujeros de la peña que dan cobijo a tantos parias de esta capital. En algunas de las viviendas que los mendocinos apellidan tristemente con la designación de "villas-miseria", es posible encontrar televisores y congeladoras. Y el ómnibus circula por las calles adyacentes a esas casas ruinosas y de modesto parecer.

Por otra parte, se advierte el afán con que las autoridades buscan el arreglo y la limpieza de la urbe. Mantienen la tradición del General José de San Martín, el "santo de la espada", que se hizo nombrar Gobernador de Mendoza para adelantar desde allí los proyectos de emancipación de los países del sur, pero también para promover el desarrollo de la ciudad, a la que amó como ninguna. Las extensas arboladas mendocinas, muchas de sus calles hermosas, los hábitos de la vida pública, la atención a los campos aledaños, todo partió de la grandeza de su ánimo. El despojo mortal del héroe y estadista hubiera debido yacer en aquel rincón de la patria argentina, bajo la sombra de esas alamedas hospitalarias que él mismo plantó.

Entre los muros de un templo —el de San Francisco— se guardan ahora los restos de la familia de San Martín. Y en otro lugar de Mendoza la bandera que las huestes republicanas llevaron en triunfo hasta la ciudad de Lima: la bandera del Ejército de los Andes. La tela blanca y celeste, que tiene un escudo sencillo entre una rama de laurel y otra de olivo, y en donde dos manos elevan el gorro frigio, muestra todavía las salpicaduras de sangre de los bravos combatientes. Se la conserva como objeto de veneración en una espaciosa urna de madera y de cristal. La mujer del glorioso pero desventurado Libertador, ayudada por un grupo de damas mendocinas, fue quien la bordó. Y el mismo religioso que bautizó a la hija de San Martín bendijo el histórico estandarte. Arbolado éste en el campamento de Plumerillo, vecino a la ciudad, y mientras los vientos límpidos de la cordillera lo agitaban con una mano de esperanza, el héroe tomó juramento a sus milicias generosas con estas palabras: "Soldados: ésta es la primera bandera independiente que se bautiza en América. Jurad sostenerla muriendo en su defensa,

como yo lo juro". Y diez mil voces respondieron de modo unánime: "¡Lo juramos!"

Fue cosa de visionario el que San Martín escogiera a Mendoza como centro de su faena épica. Vio que su salud maltrecha, que en más de una ocasión le hizo sentir el resuello de la muerte, encontraría allí las mejores bondades naturales para una recuperación eficiente. Advirtió que desde ese lugar podía hacerse camino, aunque trabajosamente, por los breñales andinos, para ganar las batallas de la libertad en Chile y el Perú. Y atisbó sobre todo que con el pueblo mendocino lograría formar su Ejército de los Andes.

Las gentes de Mendoza correspondieron efectivamente a los esfuerzos del gran capitán. No quedaron fuera de los cuarteles, según el más insospechable testimonio histórico, sino pocos labriegos, artesanos y pastores. Y toda la ciudad se trocó en un activo taller para la guerra en donde no faltaba el concurso de los niños, las mujeres y los ancianos. La población mendocina amó los ideales de San Martín y los comprendió con lucidez, en tanto que en otras ciudades —y en Buenos Aires mismo— por la encrespada discordia de federales y unitarios se alimentaba el odio contra el héroe magnánimo, zahiriéndole de traidor.

Hubo, pues, una hermosa alianza entre el General de San Martín y las multitudes de Mendoza. Ya en la ancianidad, rumiando sus decepciones en tierra extranjera, el héroe evocaba con mucha nostalgia los encantos de aquella ciudad y de sus gentes. Y, por su parte, Mendoza mantiene todavía vivos los símbolos de esa alianza: instituciones, monumentos, parques y avenidas enaltecen la gloria del libertador argentino. Por eso, andar las calles de la urbe nortea es sentir que se entra en el alma el soplo estimulador de la historia.

Y esa era la atmósfera del Congreso...

No solamente a través de la página que se lee aparece el semblante íntimo y verdadero de un hombre y de su pueblo. Porque también se lo advierte, cuando bien se atiende, en la conversación callejera, en las ágoras modernas del café, en las salas y pasillos de las instituciones públicas. Todo eso que tiene rasgos de la más gruesa vulgaridad, y que por lo mismo deja la impresión de ser insignificante,

ofrece vislumbres que no desdeña el que anda buscando los caracteres humanos de un medio cualquiera.

La reunión de directores de bibliotecas universitarias americanas, que promovió la UNESCO en la ciudad de Mendoza, constituía precisamente una ocasión de pulsar las reacciones espirituales de un buen número de argentinos, llegados de casi todas las provincias, y de mucha gente extranjera. Captar las entrañas e intención de las palabras que se pronunciaban en el recinto legislativo en donde se hacían las sesiones hubiera sido de una eficacia apenas parcial: era necesario también observar las actitudes y ver de hallar ahí una clave para juzgar el fondo humano de esa diputación de medio centenar de personas.

El recelo de que gallardeara la presuntuosa técnica del bibliotecario profesional, que por lo común lleva el alma cuadriculada de clasificaciones y cifras, quedó debelado por el asunto cardinal de las discusiones, que fue el de la relación entre las bibliotecas y la educación pública. Los criterios mejor meditados pusieron en claro la preponderancia de la formación humanística sobre la simple mecánica de la especialización, cuando se quiere escoger directores que sean de veras idóneos. La Argentina misma ¿no ha entregado su principal biblioteca a uno de sus más brillantes escritores, Jorge Luis Borges?

El clima de las sesiones se reveló desde el día en que ellas comenzaron. Era de una tibieza hábilmente controlada por los funcionarios de la UNESCO que las conducían. La frase del sagitario apenas sí podía vibrar con audaz soledad. Las afirmaciones rotundas no encontraban eco en esa atmósfera de conformismo mediocre. Y los discursos y debates iban con lento pie bovino hacia una meta fijada de antemano. Cualquiera conseguía atisbar el estilo remilgado con el que aquellos funcionarios administraban sus actitudes. No había cómo arrancarles una opinión concreta sobre nada. Ni siquiera se lograba hacerles escuchar, en el diálogo privado, un parecer severo y veraz, de esos sin pellejo a que tienen horror las buenas gentes. Faltando la aptitud para la comunicación espontánea, era lógico que nadie formara sobre los directores del Seminario otro conocimiento que el superficial, epidérmico, acaso aparente. Buenos discípulos de la rumbosa gitanería diplomática de nuestro tiempo, sabían hacer gala de una delicadeza artificiosa. Su norma era ni herir a nadie ni comprometerse con nada. Y cuando se tratan naturalezas

de tal condición no se puede sino recordar a aquel filósofo que, tras el empeñoso diálogo con ellas, creía haber sufrido el chasco de hablar con un monigote o de hacer gestos a una careta.

Pero la misma tibieza que presidía el ambiente exasperaba en el espíritu libre el deseo de hablar con energía, y dolor, de la situación dramática que soportan nuestros países en el campo educativo. Ello precisamente fue lo que me estimuló a glosar el discurso de uno de los directores, funcionario peruano. Exaltando éste las bondades de la obra cumplida por la UNESCO, grande y respetable organismo por múltiples respectos, esbozaba un cuadro dichoso —utopía mil veces soñada— de la educación pública en el Ecuador. Para los que malentienden el amor a la patria confundiéndolo con el gozo de la vanidad mediante el imperio risueño de la mentira, aquellas palabras no debían tener más corolario que la adhesión callada o el agradecimiento. Pero ocurría que se atropaban en mi memoria las imágenes funestas de nuestra realidad. Y me vi precisado a aclarar que los planes educativos que se crean en el seno de las comisiones son como la tela de Penélope, pues que se tejen y destejen al compás de los cambios ministeriales que impone el juego ruin de nuestra política. Lo que no se pasma entre el papeleo oficinesco, cae derrotado por los hábitos bárbaros de nuestra vida pública.

Asimismo, y a despecho de aquellos que reducen su labor a la enunciación de imponderables teorías, me golpeaban en el alma los recuerdos del yermo espiritual que se extiende de punta a punta en nuestro país. Recordaba a los centenares de maestros sin ocupación docente. A la depauperada porción magisterial que lleva a las aulas, para comunicar inconscientemente a los alumnos, su carga sombría de desvalimiento, de fracaso, de decepciones radicales. Y recordaba los muchos lugarejos deprimentes que se convierten en escuelas, aun en nuestras ciudades principales. Y pensaba, además, en la lóbreguez de los chatos muros de la escuela aldeana, en cuyo interior de tierra pelada los bancos se improvisan con breves hacinamientos de ladrillo. Tal es el ambiente en que se forjan los héroes grises de nuestra miseria y de nuestra inagotable desventura. Comparecían en mi memoria los niños campesinos que andan leguas y leguas de páramo, con la menuda planta descalza, azotados por el brisote de las alturas, para asistir al aula del poblado. Y también se me dibujaba la pequeña figura de los niños parias

de la ciudad, que trabajan desde la amanecida como voceadores, mercaderes de baratijas o limpiabotas, y que durante las horas de la noche, venciendo su fatiga, concurren a los centros de enseñanza primaria.

Toda esa evocación me obligaba a denunciar con acento viril los problemas de nuestra educación pública. Y así lo hice, pero subrayando al mismo tiempo, para descontentamiento de alguna vanidad extranjera, que aquellos problemas los había palpado también en otros pueblos latinoamericanos. En la propia Argentina de mi visita reciente, inclusive.

Los argentinos en Mendoza

Bastante se ha extendido la opinión adversa en rededor de la cordialidad del pueblo argentino. Se lo ha encontrado a éste desdeñoso o displicente en el trato con los extranjeros que están de tránsito por sus ciudades. Y ha inspirado una inmediata repulsa el envanecimiento que parece poseer al común de aquellas gentes. Aun se han hecho circular anécdotas sobre ese modo altanero de comportamiento, sobre esa apoteosis de la estimación propia. Así hay una bastante zumbona, y sobada quizás hasta la fatiga, que se atribuye a más de un escritor español. Es la de que, vuelto a su patria este "homme de lettres", después de haber permanecido algunos años en América, fue preguntado por qué no había acumulado riquezas en tierras tan propicias como las nuestras, y él respondió que de haberlo querido lo hubiera logrado fácilmente, con sólo comprar argentinos al precio que realmente tienen para venderlos en el que ellos se imaginan que tienen. A veces ha subido hasta el grado del encono la adversidad de tal criterio, que cuenta ya varios decenios. Acaso el primero en razonarlo claramente, pero con una lucidez no exenta de severidad, fue don José Ortega y Gasset.

Seguramente se necesitan más tiempo y asiduidad que los que comprendió mi viaje, de pocas semanas apenas, para penetrar en los hondones del espíritu del pueblo argentino. Pero la frecuentación a diversos círculos me hizo posible la captación de varias imágenes, fruto impreciso de la primera impresión.

Los bibliotecarios que habían comparecido en el Congreso de Mendoza como representantes de las principales

provincias de la Argentina uniformaron su actitud, que fue de evidente alarde de vanidad nacionalista. Porque si hay orgullos patrios, el de aquel país resulta harto visible. Se nota en seguida la satisfacción narcisista de muchos argentinos por el hecho de ser tales, y no oriundos de ningún otro lugar de América. La argentinidad es un sentimiento profesado de veras, con las entrañas mismas, y no una palabra huera de las que aprovechan los usuarios de la patriotería retórica en nuestras repúblicas. Quizás es atributo ingénito. Se ama lo de casa con fruición. Y es raro que se trate de anular a dentelladas el mérito del compatriota. El viajero recibe esa prima impresión, de un pueblo que vive contento de sí mismo. Contemplándolo, no acierta a decir si la riqueza de esas tierras tan vastas ha producido aquel tipo humano pleotórico, o si éste, con su fe en la energía propia, es el que ha determinado la prosperidad material de la Argentina.

Que es un pueblo que se cree óptimo, lo observó también Ortega y Gasset en su viaje por las ciudades y las pampas del gran país austral. Por eso aseguró que el pueblo argentino quiere un destino soberbio y que, como "no le sabría una historia sin triunfo, está resuelto a mandar". Hay, pues, un comercio de simpatías y adhesiones entre los ciudadanos platenses, casi con carácter exclusivo. Pero éste surge de modo espontáneo. Y a ello hay que atribuir la facilidad con que se organizaban en el congreso mendocino para preparar el pedestal de uno de los suyos. Lamentablemente la consecuencia de tal actitud era la disyunción abominable entre delegados argentinos y extranjeros.

Aquella separación se volvía más notoria y chocante en el espacioso comedor del hotel "Plaza". Una larga mesa daba sitio a los bibliotecarios de la Argentina y a los directores del Congreso. Y en pequeñas mesas circulares quedábamos desparramados los visitantes del resto de América, como malos forasteros en "pago ajeno". Disgustados con ese estilo de conducta, varios representantes extranjeros promovieron en el mismo comedor una alegre cena en la que nos contamos brasileños, bolivianos, colombianos, costarricenses, chilenos, dominicanos, ecuatorianos, guatemaltecos, haitianos, hondureños, mexicanos, nicaragüenses, paraguayos, peruanos, uruguayos y venezolanos. Se había invitado a un pequeño grupo de argentinos que administraba de otra manera sus acciones. Allí se brindó con un acentuado dejo de ironía por la fraternidad de los países "subdesarrolla-

dos", como enfrentándolos al aire de superioridad advertido en el numeroso gremio del Plata. Cuando se me pidió que hablase, yo recordé la esperanza de Rodó de que, preguntados los niños de hoy —hombres del futuro— sobre el nombre de su patria, ya no contesten con el nombre de Argentina, Chile o Ecuador, sino con el nombre único de América.

Pero ese afán de esquivez o alejamiento de aquellos bibliotecarios se veía felizmente contrarrestado por la hospitalidad y las bondades de muchos otros argentinos. Precisamente en la misma noche de la cena hubo agrupaciones artísticas de mendocinos —algunos de éstos eran universitarios— que llevaron hasta el comedor sus "peñas musicales", para hacernos gustar del riquísimo folklore de ese gran país. Aun llegó el momento en que nos vimos incorporados alegremente a la rítmica rueda de su danza. También la población, aquella que trajina por las calles, o atiende en los cafés, tiendas, talleres u oficinas, supo ofrecernos una dimensión más justa y cabal del alma argentina. Ciertamente es que casi todos guardan una altivez que es primogénita, no de su ilusión, sino de su conciencia de formar parte de un gran país. Pero ello no impide su disposición noble y afectuosa con el viajero que demuestra su aptitud para la sana amistad.

La cordialidad que yo pulsé en la clase intelectual, en los periodistas, en el elemento universitario, y sobre todo en la gente humilde de Mendoza, tuvo luego confirmación absoluta en mis días de Buenos Aires y de otras ciudades de allá. Sin duda, las primeras de esas buenas impresiones me llegaron de dos mendocinos: del historiador Olmos Zárate, gran cicerone de los monumentos y reliquias de aquel lugar, que él ama con inteligencia y fervor, y del brillante poeta y periodista Américo Calí, que preside el Núcleo de SADE en Mendoza. En su pequeño automóvil, a quien bautizaron con el nombre de "caravela del arte" algunos escritores que en otra oportunidad lo ocuparon, y entre los que estuvieron Rafael Alberti, Pablo Neruda, Miguel Angel Asturias, Nicolás Guillén, Guillermo de Torre, pude conocer mejor la hermosa ciudad, no sin disfrutar al mismo tiempo de la frase culta y sugestiva del admirado poeta.

La ciudad donde nació Sarmiento

En el orden de mis deseos más antiguos y cardinales se hallaba el de visitar un día la casa de Domingo Faustino

Sarmiento, en la ciudad argentina de San Juan. Este segundo viaje a su patria, alimentado de tantos estímulos, encerraba por sobre todo la sugestión de aquella visita. El que conoce la personalidad sarmientina, y ha podido comprender la grandeza de un hombre sustancialmente americano cuya existencia fue una batalla empecinada contra la realidad hirsuta de nuestros pueblos, jamás desdeñaría la necesidad de ir a divagar por el rincón familiar en que él se sintió tan aquerenciado, para evocar su presencia de modo íntimo y plenario.

El culto oficial a Sarmiento parece no haber sufrido desmedro en la Argentina. Sus principales ciudades tienen plazas y calles que perpetúan ese nombre. Y hay mármoles y bronces, museos, institutos de enseñanza y centros de cultura que magnifican tal decisión admirativa. Puede asegurarse que a Sarmiento se lo ha convertido en el mito de invocación obligada en las efemérides de aquel país, y desde luego en el personaje de las biografías y las lecturas escolares. Con ello se ha producido una reacción natural de cierto desapego a su figura, como respuesta de la incomodidad espiritual que ocasiona la mecánica reiteración de alguna cosa. Y, además, se ha estereotipado una imagen superficial del grande hombre, que es la de su atuendo de gobernante o de militar victorioso en sus campañas contra la barbarie. Se ha olvidado que su gloria no debe confinarse en dos o tres anécdotas de su fragosa existencia. Porque hay que caer en la cuenta, como alguien lo ha insinuado inteligentemente, que Sarmiento pudo no llegar a la Presidencia de la República, o al generalato que le dio su batalla de Caseros, que no por eso habría dejado de ser el gran Sarmiento. Siempre voceó su apellido con énfasis y orgullo, consciente de cuanto había hecho y tendría que hacer por su pueblo. Aun entre los íntimos —los de su casa— era frecuente que no se hiciera llamar de otro modo que Sarmiento. Con su certidumbre de visionario confiaba en que en ese sonoro apelativo se encerraría para siempre la grandeza de una sola persona, que era la suya.

Pero, lejos de la apoteosis oficial de Sarmiento como de la pérdida de sugestión que ésta genera, hay también una actitud de odio encrespado a lo que él fue y a sus luchas. Herencia quizás de la pugna partidaria, de federales y unitarios, e incompreensión sin duda de los ideales sarmientinos y del valor de su obra, la forma aspada en que todavía se

sublevan muchos espíritus cultos de la Argentina contra el "loco" Sarmiento no deja de ser indicio de que su voz viril y admonitiva sigue sonando, con la fuerza de ese viento pampero que en el valle de su región toma el nombre de Zonda. Yo creía advertirlo en mis conversaciones con elementos de las universidades de allá, y me afané por destacar mi parecer, en términos y circunstancias que se expondrán en una nueva crónica.

Todo, pues, me incitaba a realizar el viaje a San Juan. Mucho de la vida privada de Sarmiento, que constituye la clave para entender su genio plural de escritor, maestro, político civilizador, parlamentario y estadista, podría quizás rememorar en el marco de la ciudad nativa, en la atmósfera de su casita pobre, ya centenaria. El mismo prócer vio la necesidad de explicar su conducta de hombre público evocando los caracteres de su intimidad hogareña. Y por eso escribió "Recuerdos de Provincia".

Una mañana de septiembre, en que todas las cosas parecía que sentían la fruición de la primavera, tomé pasaje para San Juan. Durante las horas del viaje me fue dable columbrar la vastedad monótona de los campos donde antes trajinaban tropillas de gauchos a medio civilizar, destituídos de la vigilancia y el amparo de las leyes, y que se trocaban en las milicias greñudas de caudillos sangrientos. Ahora esas tierras se muestran activas. Los caminos se tienden a su vera con saludable energía. Algunos poblados tiemblan como un ala de tibieza y ternura entre la recia infinitud del paisaje. Gentes de hábitos de trabajo y solvencia moral han suplantado a las antiguas montoneras gauchescas. Es decir se ve que se ha operado la transfiguración que soñó Sarmiento y por la que batalló casi enloquecidamente, como bajo una singular enajenación patriótica. "He creído siempre —escribía el gran sanjuanino— que en mí el patriotismo era una verdadera pasión con todo el desenfreno y extravío de otras pasiones".

San Juan es una ciudad serrana. Se levanta al pie de los Andes. Antes de entrar en ella, y en un espacio de varios kilómetros, se disfruta de la risueña contemplación de numerosos viñedos, que surten la industria del vino y son el arri-mo económico de muchas familias de la provincia. Tales campos debieron ser otrora los "circunvecinos secadales" a que aludía Sarmiento. También la fisonomía de la ciudad tiene que haber mudado mucho, en el largo discurso de un

siglo. El viajero ya no ve "diseñarse a lo lejos las blancas torres de la ciudad sobre la línea verde de la vegetación". Tampoco halla las casas dispersas, como separadas por el ademán fresco de la fronda. Han dejado igualmente de mostrarse los palmeros vecinos a la Plaza de Armas y la Pirámide hacia donde solía encaminarse, en horas de descanso, doña Paula Albarracín de Sarmiento, madre del prócer, "tierra viviente a que adhiere el corazón, como las raíces al suelo", según la expresiva metáfora de éste... La urbe sanjuanina de ahora es bastante nueva. Se la volvió a edificar después de que un violento sismo rompió casi todos sus muros. Pero la casita de Sarmiento se mantuvo en pie, acaso bajo el dictado de inmortalidad que gravita sobre sus cosas. Y al fondo se destaca, desde luego, la sierra gestuda por la que aquél hizo camino en las horas aciagas del destierro, y en las horas heroicas en que retornó para redimir a su patria de la tiranía de Rozas.

Allí tenía pues yo, frente a mis ojos, la ciudad de San Juan. Recordaba en ese momento la confesión conmovedora de Sarmiento: "he querido apegarme a mi provincia, al humilde hogar en que he nacido; débiles tablas sin duda, como aquéllas flotantes a que en su desamparo se asen los naufragos". Y me restaba, por fin, tomar rumbo a su casa...

En la casa de Sarmiento

Las avenidas por las que ahora camino en busca de la vieja morada de Sarmiento se extienden espaciosamente, con los atributos de armonía, de limpieza, de elegancia y adorno de la ciudad moderna. Hace una centuria, en los años en que él vivió, apenas sí eran desoladas vías polvorientas en cuyas orillas se asentaban pesadas casas de adobe y tapiales derruídos. Había, en efecto, un coloquio de formas entre las chatas construcciones de tierra de San Juan y los flancos pobres y cenicientos de la montaña cercana. El desierto crecía en torno, cual duro escenario en el que tropeaban los gauchos sufridos. En ese paisaje patético, de eriales malditos, solía levantarse la tolvana de los caudillos, hombres feroces como el Chacho o Facundo que arbolaban entre las montañas su enseña de terror y de sangre. Pero Sarmiento jamás desamó aquel suelo en el que fue formado. El corazón se le animaba cuando escribía sobre su San Juan, y él mismo

se llamaba "pobre sanjuanino" en los días de su ascensión al Poder.

La imagen pretérita de la ciudad y el fogueo del sol que, con metálica beligerancia, gana todos los sitios por los que ahora hago camino, me incitan a pensar en la justeza de la observación de Sarmiento, que se refería a los paisajes berberiscos cuando hablaba de los problemas de desamparo y aislamiento de su villorrio nativo. Contra esos problemas y sus funestas consecuencias de barbarie, de que fue víctima durante muchos años, él se irguió con los rasgos de un auténtico civilizador. La existencia sarmientina se resolvió en una lucha pugnaz contra el desierto, que era el mal de su patria: conmovedora lucha, en efecto, contra la tierra desbordada de sus pampas y el yermo espiritual de las masas argentinas, atormentadas por la espuela del caudillo a causa de su analfabetismo y de su poca lucidez de conciencia.

Recordaba yo que el barrio en que habitó Sarmiento se llamaba "El Carrascal". A él aludió entre las asperidades de sus contiendas periodísticas. Cierta chileno — "Don Domingo Godoy el chismoso" — le había agraviado profiriendo imposturas sobre su calidad de hijo, y pretendiendo disminuirlo había afirmado que había nacido en el aldeorro insignificante de San Juan, en un caserío de mestizos que se conocía con el nombre de San Pantaleón. El gran sanjuanino, a quien nunca se lograba humillarlo con esas alusiones peyorativas, le había respondido que su campo natal era efectivamente "una ignorante y atrasada provincia", pero que su barrio no era el de San Pantaleón, sino un suburbio peor todavía: el Carrascal. Probablemente éste quedaba un tanto lejos de la Plaza Mayor, y sus pocas casas de barro erguían los melancólicos muros entre solares abandonados, calles sin empedrar y conatos o escombros de aceras.

Actualmente el barrio de Sarmiento está dentro del núcleo principal de la ciudad. Para dirigirme a él he tenido un cicerone enconradizo. Se trata de un pequeño limpiabotas que se ha aproximado a la mesa de café en que he querido curarme del sol y la fatiga. Su historia está emparentada a la de los millares de niños que en nuestros países saborean la agriedad del esfuerzo y se coronan de sudor para disfrutar del precario pan de cada día. Contesta humildemente a mis preguntas, pero él tampoco deja de ensayar su mayéutica precoz: quiere saber cómo es la patria en que he nacido, cuáles los medios en que he viajado hasta Mendoza, y desde

allí hasta San Juan. Cuenta apenas unos once años de edad. Va a la escuela de ocho a diez de la noche. En las horas diurnas trabaja para ayudar a su madre lavandera y a sus hermanos menores. Aspira a aprender un oficio que le redima de su atroz pobreza. Me ha preguntado si he visto los principales sitios sanjuaninos, y naturalmente ha aludido a la casa de Sarmiento y a la plaza en donde ahora se levanta su estatua. La noticia que tiene sobre su conterráneo inmortal es que "fue un maestro que sabía mucho".

¡Cómo le hubiera placido esto a Sarmiento: a él que afirmó, con toda conciencia de lo que decía, que su título más honroso había sido el de maestro de escuela: a él que se fue a enseñar a palurdos de más edad en un pobre caserío de San Francisco del Monte, y que puso lo mejor de su pensamiento y de su acción en la "educación popular"!

Con el pequeño limpiabotas sanjuanino he ido hasta el monumento sarmientino, y luego a la casa del prócer, en donde lo he despedido augurándole el destino superior que forja el recio y doloroso martilleo de los sacrificios, de las privaciones, de los trabajos tempranos. Pero no ha dejado de acongojarme el ver todavía incumplidos los ideales por los que bregó el gran Sarmiento.

La casa de éste no guarda ya los caracteres primitivos, pues que ha sufrido algunas mutaciones. Y las tuvo también mientras vivió allí el propio don Domingo. Léase sino su testimonio:

"La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción, ha recibido en el transcurso de estos últimos años, algunas adiciones que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquella a que se apega la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente a mi espíritu, cuando recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo después de vuelto a la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, o ejércitos de soldados de la misma pasta para engreírme de ejercer tanto poder".

Pues bien, lo que ahora puede encontrar el viajero en aquella morada, siempre que no esté destituído de la indis-

pensable cultura para ensayar su remembranza, se expondrá en la crónica siguiente.

La vieja higuera de la casa de Sarmiento

Aquí está la casa de Sarmiento. En ella nació y vivió hasta los años de la mocedad. De ella se arrancó para ir por poco tiempo a otra ciudad cuyana, acompañando a su tío el religioso José de Oro, a quien debió muchas cosas en la formación de su temperamento. Y luego para cruzar, una y otra vez, los ventisqueros de la montaña natal, bajo la cruel exigencia del destierro. Acaso por ello conoció igual que un baquiano esa crispadura andina que se asienta como un puño sobre su tierra de San Juan.

La antigua morada mantiene vivo el soplo de otra edad, por lo mismo que se ha colocado a la orilla de aquel torrente de mutaciones que es la figura inacabable del tiempo. En su derredor la ciudad ha crecido y se ha transformado. A pocos pasos se extienden avenidas de asfalto, agitadas por el tránsito rauda y rumoroso de nuestros días. Pero en el sitio frontero, al pie mismo de la casa, se conserva la calzada de antaño. Tiene pocos metros. Apenas sí se alarga entre los límites de la fachada. Para aislarla se han tendido breves cadenas en sus extremos. Es angosta. Y empedrada con la pequeña piedra de los ríos, que en su época debió responder con un eco alegre al paso de las diligencias y las caballerías. Es delicioso estarse mirándola, y más andarla, porque se cree percibir la atmósfera que rodeó a esa histórica familia. También la acera es exigua, y adoquinada con viejo encanto.

La casita es de un solo piso. Largas ventanas, hoy guarnecidas de hierro, abren sus espesos muros. La blancura de ellos obliga a que comparezca en la memoria el celo que puso Sarmiento en el aseo y decoro de la ciudad. Era Gobernador de San Juan cuando se encaramó un día a una escalera y con el mayor desenfado, a ojos vistas de todos, se entregó entusiastamente a encalar las paredes de su vivienda. Maestro de vocación radical y plenaria, siempre buscaba las ocasiones de educar con el ejemplo. Hasta estos umbrales llegó cierta vez el nieto de Don Domingo tras haber sido averiguado por el cochero si lo que deseaba era ir al hogar de los "Madre Patria", apodo que revela los sentimientos que el pueblo reconocía en la familia del prócer sanjuanino.

Y el que transpone tales umbrales sabe sobre todo que va a respirar el ambiente que presidió la vida de una mujer que no conoció el reposo, y a quien tampoco le faltaron las fuerzas morales para resistir las ausencias y las zahareñas noticias de los sacrificios, amarguras y riesgos que sobre-
llevaba su hijo en el exterior, donde edificaba su grandeza personal con el mismo fervor con que persistía en su duelo contra la barbarie y los despotismos. Efectivamente, esta casa guarda la presencia de esa sufrida y noble mujer, doña Paula Albarracín de Sarmiento. De ella heredó su hijo los hábitos excepcionales de trabajo, de disciplina, de energía contra las adversidades. Si Doña Paula madrugaba a su telar para que no se desmedrase más la pobre economía familiar, su vástago aprendió desde los años moceriles a contribuir a ese sostenimiento sirviendo de tendero o de obrero en las minas, de preceptor o de periodista, pero dejando casi todas las horas de la noche para el estudio. La cultura ingente que acopió Sarmiento, el dominio de las lenguas extranjeras, la información cabal de los problemas de su tiempo no tienen otro manadero que esa pasión de autodidacto y su heroica obstinación por el desvelo.

La casa se construyó pacientemente, con los ahorros que recogía Doña Paula, y en un pequeño solar que había recibido como herencia. Fue pues aquélla el fruto de su trabajo en el tosco telar de algarrobo, instalado bajo la fronda hospitalaria de una higuera. El padre de Sarmiento no colaboró quizás en el esfuerzo. Las arrias que llevaba por los polvorientos caminos de su región ni la bohemia misma de sus actividades podían rendir lo necesario para el sustento y las comodidades de la familia. Los aposentos se fueron levantando en torno de ese árbol pintoresco, que vino a quedar enclavado en el recuadro del patio.

Desde la puerta principal advierto hoy la presencia de la higuera centenaria, que se colmaba de brevas para el día de Don Clemente —padre del prócer—, y que extendía su sombra balsámica sobre los aparejos de la humilde labor de su esposa. Siento que me atrae esa higuera, con el poder magnético de las cosas inmortales. Me parece que la amo con ternura, porque no me es desconocida su historia. Y me adelanto hacia ella, y acaricio sus ramas y sus hojas temblorosas. Es el único testigo todavía vivo de la época sarmientina. Me encuentro así, de pronto, inmerso en la atmósfera íntima del gran escritor, educador y estadista, y hasta creo

comunicarme silenciosamente con las figuras abolidas de los antiguos moradores de la casa.

En un costado del patio y bajo lo más rico y sombroso de aquellas ramas descansa la estatua de Doña Paula Albarracín de Sarmiento, bronce magnífico del escultor Perlotti. Representa a aquella mujer en un momento de reposo, después del rudo faenar de todo el día. Las manos descansan sobre las rodillas. Una manta, seguramente como las que ella tejía, cae sobre sus hombros. Un halo de serenidad envuelve la silueta de la pobre madre. Hay un farolito en la pared posterior, símbolo quizás de las horas en que trabajaba adelantándose a la luz de la amanecida. Precisamente en el sitio en que ahora contemplo este bronce memorable solía sentarse Doña Paula, frente a los horcones de su telar, que parecían persistir en su encantadora basteza vegetal. Allí se agitaban sus manos huesudas. Allí sonaba el desacompasado rumor del tosco pedal, mientras los husos con la hebra se movían diestramente.

Doña Paula tenía muchos motivos para sentirse ligada cariñosamente a la vida de aquella higuera. Pero un día la voluntad de innovación de sus hijas, que alegaban la necesidad de mayor luz y espacio, se impuso a los ruegos de la buena mujer decretando la tala del árbol. Ello significaba, además, sacrificar a un compañero que quiso Sarmiento desde los años de la infancia. El episodio, por lo mismo, le conmovió hasta las lágrimas. Léase su testimonio:

Un día "oyóse el golpe mate del hacha en el tronco añoso del árbol y el temblor de las hojas sacudidas por el choque, como los gemidos lastimeros de la víctima. Fue éste un momento tristísimo, una escena de duelo y de arrepentimiento. Los golpes del hacha higericida, sacudieron también el corazón de mi madre, las lágrimas asomaron a sus ojos, como la savia del árbol que se derramaba por la herida, y sus llantos respondieron al estremecimiento de las hojas; cada nuevo golpe traía un nuevo estallido de dolor, y mis hermanas y yo arrepentidos de haber causado pena tan sentida, nos deshicimos en llanto, única reparación posible del daño comenzado. Ordenóse la suspensión de la obra de destrucción, mientras se preparaba la familia para salir a la calle, y hacer cesar aquellas dolorosas repercusiones del hacha en el corazón de mi madre. Dos horas después la higuera yacía por tierra enseñando su copa blanquecina, a medida que las hojas, marchitándose, dejaban ver la armazón nudosa de

aquella estructura que por tantos años había prestado su parte de protección a la familia!"

Por ventura, tiempo más tarde, retoñó la patriarcal higuera, que hoy cobija silenciosamente la augusta soledad de la morada de Sarmiento y de ésa su familia de los "Madre Patria"...

La pampa en el viaje a Rosario

Vivía mis días de Buenos Aires, breves pero entrañados de experiencias. Placíame como pocos ese ambiente extranjero. De buena gana hubiera cancelado todo propósito de peregrinación por otras ciudades argentinas. Pero debía ir a Rosario. La noble solicitud de algunos amigos había arreglado mis disertaciones en la universidad y un colegio rosarinos. Venciendo, pues, las razones íntimas que obraban en contra de ello, asumí la determinación de ausentarme de la gran capital.

Un haz de líneas férreas vuelve febril la concurridísima estación de Buenos Aires. Los trenes arriban constantemente, o parten en todos rumbos desde esa cabecera de fuertes corrientes humanas, nudo de articulaciones vitales del país. También allí surge espontáneamente la evocación de Sarmiento. Porque una de sus aspiraciones cardinales fue la de tender esas vías por el dorso desolado de las pampas. Recuérdese que cuando se hallaba de legislador pidió ochocientos mil pesos para la ejecución de una línea férrea; los demás parlamentarios recibieron la demanda sarmientina con una carcajada de burla. Irritado por esa reacción corrosiva, agregó que la cantidad le parecía exigua; que pronto los ferrocarriles argentinos costarían ocho millones de pesos. Se volvió a escuchar una carcajada sonora, y el gran visionario aclaró con énfasis: No ocho, sino ochenta millones. Se repitió la burla en el recinto legislativo. Entonces, ya enajenado por la ira, el prócer gritó: ¡Ochocientos millones! Y pidió al secretario que hiciera constar en el acta las carcajadas de sus colegas y la indicación de que varias decenas de asnos votaban "contra el proyecto del gran Sarmiento"... Actualmente, los ferrocarriles de la Argentina representan una inversión mucho mayor a mil millones de pesos.

Arrancó mi tren bajo la grata luz de la primavera. Atravesó por buena parte de la inmensa capital, verdadera megalópolis moderna. Fue dejando atrás los arrabales más

distantes, donde Buenos Aires pierde su fisonomía sugestiva: centenares de casucas de construcción anémica, taperas de la gente humilde, forman una suerte de villorrios mal incorporados a la vida de la urbe. Son las moradas que han recibido el expresivo subnombre de "villas miseria". Hay sobre éstas la atmósfera opresora que es característica de toda pobreza material. En los muros ruinosos se han escrito algunas leyendas con ortografía perversa, que dejan advertir el desahogo clandestino de los dolores populares: sus protestas, sus reclamos.

La imagen del suburbio bonaerense invita a pensar en lo que fue la capital hace cien años y en la pasión que pusieron las autoridades para mejorarla, iniciando la transformación de los caminos orillados de pajas en avenidas colosales, como la Santa Fe, la Rivadavia o la Callao. Signo era eso de cómo se comprendía la necesidad de construir una ciudad que representara dignamente al país y concentrara la capacidad de enlace y gobierno de las demás regiones.

Pasada la contemplación de los barrios lejanos y pobres, que en cualquier capital del mundo tienen el denominador común de una áspera tristeza, el viaje fue cumpliéndose a lo largo de las pampas. La tierra infinita se abre en un horizonte que apenas sí columbra nuestra vista. Es una latitud oceánica. Los trigos ondean al impulso de los vientos. Las manchas de los ganados, medio ocultos en el pasto, las breves y disyuntas agrupaciones de los árboles, los caseños que semejan apriscos bajo el contraste de la inmensidad, la figura animada de algún río, la presencia esquiva de tal o cual camino frecuentado todavía por la carreta del hombre de los campos, combaten ineficazmente el imperio de la soledad y el silencio pampeanos. Cierto es que la Argentina ha hecho rendir ricamente esas tierras, y que ellas la han convertido en un país en donde viven y laboran millones de inmigrantes. Pero los planes que inició Sarmiento para ir llenando de alegres matices —como él decía— aquella tela infinita que había tendido Dios en su patria, no se han terminado todavía: faltan los colores dinámicos de nuevas poblaciones, de otros caminos, de bosques y huertos más numerosos.

Si la emoción que comunica un viaje por entre los riscos de los paisajes serranos es profunda y constante, por las sorpresas que van como saltando a la vista y la funestidad del abismo y el gesto desapacible de la montaña, la travesía

por las pampas ilímites, de rostro uniforme, despierta en cambio un sentimiento que vacila entre el sopor y la melancolía.

Varias horas demoró mi recorrido pampeano hacia Rosario. Y desde el momento de mi arribo a ella, conté con la compañía inteligente y los medios necesarios para visitar la extensa ciudad, una de las mejores de la Argentina. Sus institutos de enseñanza, su museo histórico, que seguramente es el más completo de la República y uno de los de mayor riqueza en nuestra América, sus encantos urbanísticos, su río Paraná, de piel leonina, que es la inspiración predilecta de las canciones de los marinos y balseros, la animación multitudinaria de sus calles, el grado intenso de sus actividades de todo orden concurren a pregonar la importancia de la capital rosarina.



Meditación sobre Buenos Aires

Hay ciudades argentinas que el viajero las encuentra bellas y confortables. Su desarrollo material, su expansivo interés por la cultura, su caudalosa concentración humana han exaltádolas a una posición de gran jerarquía. Pero, a pesar de todos esos elementos impulsores, que determinan su animación y modernidad, todavía no han logrado abolir plenamente el sabor peculiar de la provincia. Gravita aún sobre ellas el aire de los campos. Parece que la mano de la pampa hubiera nivelado buena parte de sus construcciones, imponiéndolas una común chaledad. Y cualquier espíritu acucioso percibe en el ritmo cotidiano de sus gentes, y en algunas condiciones de la vida que llevan, un no sé qué de ruralidad. Además, tales ciudades no llegan ni a la decena. Porque es el territorio pampeano quien, en alarde incontrastable de poderío y reciedumbre, ha dilatado su propio torso, descomunal como desolado.

De allí es que lo más denso de la población está en Buenos Aires y en aquellas contadas ciudades de provincia. Pocos centros urbanos conforman pues todo el país. Pero la capital argentina parece absorberlo todo, buscando ser por sí sola la representación de la república entera. Muchas de las figuras notables del pensamiento, de la investigación, del arte, van desde el interior hacia la ciudad porteña, codiciosas de una consagración más firme y universal. Muchos trabajadores de la tierra que han podido multiplicar sus aho-

rros toman a la postre el mismo rumbo, con el afán de robustecer ahí su fortuna y de gustar al mismo tiempo del cosmopolitismo bonaerense. La reiteración de esa conducta provinciana trashumante ha contribuido a convertir a la Argentina en una nación macrocéfala de caracteres inconfundibles: con una cabeza que pregona su desproporción tremenda frente al desarrollo anémico de otras partes de su cuerpo. Y también ha sido causa de las reacciones disparejas de los ciudadanos de provincias. Algunos levantan su aborascada bandera política contra la capital, y en el electuario de sus campañas proselitistas figura la liquidación del **capitis diminutio** que sufren las ciudades interiores. El clamoreo toma posesión del alma de ciertos intelectuales, y aun la exaspera: pocas páginas, por ejemplo, tendrán una agriedad mayor al estudiar a Buenos Aires que las del gran ensayista de Santa Fe Ezequiel Martínez Estrada. Pero no faltan los provincianos que se enorgullecen de su hermoso puerto y que se refieren con satisfacción y vanidad a las visitas que frecuentemente hacen a éste.

Acaso ellos no se descíñen de lo justo. Los países mayores del mundo han dado impulsión preferente a sus capitales, y éstas en ningún caso dejan de hacer contraste con los núcleos urbanos de la provincia. Fácil es advertirlo en varios lugares de Europa.

Yo debo confesar que también a mí me ha envanecido la contemplación de Buenos Aires. He sentido estimularse mi orgullo de hispanoamericano. Porque lo que me ha producido admiración en las naciones europeas he vuelto a encontrarlo, de algún modo, en la moderna ciudad argentina. Buenos Aires ha recibido los aportes benéficos de la milenaria Europa. El haber oído la fórmula alberdiana de "gobernar el poblar" y el tener frontero el Océano Atlántico han sido factores eficaces para su transformación y crecimiento. Desemejante es en efecto el papel histórico que han cumplido los dos grandes mares que bordean nuestra América. El Pacífico ha estado como pastoreando, indiferente, casi sonámbulo, las ciudades de nuestra perezosa costa occidental; en cambio el Atlántico, desvelado, elástico, activo, ha establecido un saludable comercio humano entre las urbes orientales de este Continente y los pueblos europeos. Por eso Buenos Aires resulta una capital tan parecida a la de éstos. Se dijera que es la primogénita de las caudalosas migraciones de Europa.

El hotel de la Avenida de Mayo que he buscado en este segundo viaje pertenece a italianos. La misma oriundez tienen casi todos los mozos y los empleados que lo administran. El anciano elegante, de corbata y sombrero intachables, que vende en la esquina pequeños ramos de rosas, es también un inmigrante venido de Italia. Y entre los dueños de otros hoteles, y de cafés, tiendas y almacenes hay gentes de muchas partes de Europa. Los padres de mis amigos son también, casi todos, europeos. Pero la constante fluencia migratoria ha terminado por estimular cierto recelo en el alma de los sociólogos argentinos, que han advertido el peligro de disolución de los valores de la nacionalidad, al ser suplantados por la poliglotia y la proliferación de banderas extranjeras.

Fruto del esfuerzo multitudinario de nativos y extranjeros, y del oleaje de dinero del propio país y de afuera, Buenos Aires se yergue como una de las grandes ciudades del mundo. Su arquitectura se lanza a la conquista del alto espacio. Esos ingentes edificios congregan centenares de personas, que apenas sí se han mirado alguna vez en el tránsito cotidiano. Las principales avenidas de la urbe, como la "9 de Julio", la "Cerritos", la "Corrientes", la "Santa Fe", la "Diagonal" o la de "Mayo" reflejan la imagen de las más espaciales y animadas de Europa, con su jadeo de motores, en un tráfico que no mengua sino los domingos, y con sus multitudes, su comercio, sus teatros y cafés. La calle "Florida" es como un largo cauce destinado al torrente de los peatones. Millares de plantas humanas, en direcciones encontradas, pasan golpeando el pavimento. Millares de miradas convergen a toda hora del día hacia las gigantescas vitrinas de los costados, que han transfigurado en luminosidad y cristal las fachadas de los viejos edificios.

Los parques han copiado también los encantos de los europeos. "Palermo", por ejemplo, obliga evocar el "Bosque de Boloña" de París. En una área inmensurable se extienden sus alamedas y jardines, sus amplias vías para el tránsito, sus campos de grama y sus lagos. Los museos y los mármoles y bronce entallados que se levantan en varios rincones de "Palermo" acrecientan su poder de atracción. Y a ello se agrega la vida artística que ahí busca desenvolverse, contando con el interés del gran público. Como toda capital de primera jerarquía, Buenos Aires crea el clima propicio para esa suerte de manifestaciones.

Otras impresiones de Buenos Aires

A pesar de la reciedumbre con que la adversidad de tipo económico ha golpeado a las mayorías de Buenos Aires, todavía es posible ver cómo las gentes de toda condición ponen su más escogido afán en la alimentación y el vestuario. Abundan en la Argentina el trigo, la carne y el vino, que son la base del sustento general. Ello no significa que la maldición del hambre haya desaparecido; pero a lo menos se la ha confinado a sectores humanos que, con relación a la totalidad, no tienen las dimensiones alarmantes que en otros países. Y en lo que concierne al arreglo personal, ni hay descalcez ni tiembla por las calles el harapo sufrido y suplicante. Alguna vez tropecé, en un rincón apartado de aquella capital, con un anciano que se estaba de pie limosneando casi en silencio. Era un invidente que carecía de aptitud para ganarse de otro modo la vida, pero que mostraba el celo que le demandaban el buen estado y pulcritud de sus ropas.

El porteño guarda aún ese "exceso de repulimiento en el vestir" que observó don José Ortega y Gasset en el año ya distante de su viaje rioplatense. Tal preocupación es parte del estilo narcisista, de la vanidad fuertemente nacional que prospera en el común de los ciudadanos argentinos. Cada uno rinde culto a la imagen que se ha formado de sí mismo, hasta terminar concediendo una peligrosa importancia al simple paramento.

Los problemas de la vivienda se presentan, ellos sí, con caracteres de mayor entidad. El cosmopolitismo los ha empeorado, y por eso se los descubre en el centro de la urbe como en los arrabales. Tanto que uno se inclina a pensar que hay el progresivo y doloroso sacrificio de las cálidas virtudes del hogar. Tal parece el tributo insoslayable del crecimiento y modernización de las ciudades. Las familias que habitan los departamentos de los edificios colosales de Buenos Aires viven constreñidas, como reclusas en las celdas lujosas que tan costosamente arriendan. Esperan el turno del estrecho ascensor para salir de su encierro. Se mezclan a diario con gentes extrañas que ocupan otros rincones de la misma morada y con las que apenas sí cambian un frío saludo de cortesía. Esos aposentamientos carecen de la alegría y la amplitud de la casa familiar. Conspiran sin duda contra el auténtico sabor hogareño.

Las taperas del arrabal son igualmente enemigas del grato sentido del hogar. Sus paredes levantadas con escorias y materiales precarios, su techumbre de lata, su contorno baldío, no constituyen los elementos adecuados para prender allí las satisfacciones domésticas. Aquellos son los cobijos de los parias argentinos, cuyo aciago destino parece el de "esperar sin esperanza"; y más que vivienda de familia semejan las tiendas que el gaucho nómade solía improvisar en la infinitud de las pampas.

Es evidente que la gran República del Plata sobrelleva actualmente una desventura económica que es consecuencia de sus acaecidos políticos. En los días de mi estada la prensa daba cuenta de que la administración pública reclamaba el pago de varias mensualidades ya vencidas, y que había el proyecto de cubrir con bonos una parte de esos estipendios. El malestar se lo pulsaba también en el resto de la población humilde: conductores de taxis, obreros, dependientes de tiendas y hoteles. Pero la postración pudo haber sido mayor sin el contrarresto poderoso de la riqueza de los campos. El hombre de la calle, el estudiante, el trabajador, el profesor universitario y el intelectual se quejaban del tembladal en que habían convertido al gobierno las ambiciones políticas.

Algunas de las más respetables personalidades de la vida pública no se han avenido con la situación presente ni con las medidas que se han puesto en efecto bajo la invocación de los últimos amagos revolucionarios. Allí en Buenos Aires se ha levantado la voz de una prensa bastante libre. Y, naturalmente, no ha faltado el acento viril y admonitivo de Alfredo Palacios, el gran tribuno y batallador de otrora. No sólo porque desvela un aspecto de la realidad de su patria, sino también porque ayuda a pensar con objetividad en la condición de nuestra política, es conveniente trasladar a estas páginas algunas frases de la entrevista que el ilustre argentino concedió a un diario bonaerense. Entre sus respuestas dijo Palacios: "Hubo en los partidos con representación parlamentaria una ineptitud fundamental que les impidió entender la necesidad de defender el Parlamento. Han defendido los representantes a sus partiditos y, entiéndase bien, estoy hablando incluso de los partidos que aparentemente son más fuertes.—La juventud deberá marcar el derrotero de los partidos. Si persisten en sobrevivir políticamente los viejos dirigentes, nada se solucionará. Yo converso acá con los jóvenes de cualquier partido y me siento

correligionario. Los trabajosos acuerdos que urden los viejos dirigentes tienen un defecto capital: no tienen detrás de ellos al pueblo. El resultado está a la vista: nos gobierna una ínfima minoría parasitaria y entreguista”.

No visité a Palacios en esta ocasión. Pero lo conocí en Montevideo hace como un lustro: tenía entonces un aire de estanciero enérgico. La blanca chalina que jamás faltaba sobre sus hombros hacía contraste con la negrura de sus cejas, unidas por la fuerza hercúlea del gesto, y con su pardo bigote descomunal. Los setenta años que había vivido no habían debilitado el poder de su voz ni el énfasis de los ademanes con que solía subrayar lo más emotivo de sus oraciones patrióticas.

Buenos Aires cuenta aún con algunas de estas figuras proceras. Además, radican allí o aparecen de tránsito notables representantes de las artes, la literatura y la filosofía de otras partes del mundo. Ello estimula las inquietudes intelectuales de la juventud argentina.

La tumba de Gardel en su Buenos Aires querido

Creía nuestro Montalvo que una divagación solitaria por los cementerios valía tanto como la mejor lección de filosofía. Ir calladamente por en medio de esa fría geometría de rectos caminitos, de inmóviles cipreses que figuran cirios vegetales, de mármoles y de muros blancos alineados con una disciplina definitiva, ayuda en efecto a meditar en cosas menos frágiles y huideras que las que conforman cualquier existencia. Surjan o no con nitidez las ideas propias, es seguro que se ha de pensar en el postrero destino igualitario de todos los seres, cual lo pregonan el texto bíblico. Las ciudades de los muertos, como echadas hacia un occidente donde todo va declinando —el calor de los afectos, la luz de las evocaciones, el brillo de la fama y de la fortuna— se asemejan entre sí, sea cualquiera el carácter de los pueblos, o la magnitud de la distancia que los separe.

En las grandes urbes, que conjuntan millones de vidas, los cementerios se multiplican para alcanzar a recibir las ramas desgajadas de esa abundosa fronda humana. Y, además, dilatan sus dimensiones de manera impresionante: son como un abrazo de gigante en el que van cayendo, hora tras hora, decenas de gentes empujadas por la muerte.

Buenos Aires tiene una necrópolis —un lugar de queda según el decir unamunesco— que ha ido adquiriendo extensión apreciable: es el cementerio de Chacarita. Está en un costado de la capital. Muchas líneas de ómnibus llegan precisamente hasta ese punto. En los sitios fronteros a la entrada principal se han establecido los mercaderes de flores, que silenciosamente venden sus ramos blancos y frescos, pero de anticipado aroma funeral. Los visitantes que van con ánimo de recordar a sus deudos compran la simbólica ofrenda y echan a caminar por los largos senderos de Chacarita, en pos de la huesa venerada.

En una mañana de octubre, de un día ordinario, quise conocer despaciosamente aquel lugar, ese tranquilo horizonte de vidas apagadas. Discurrí, solitario, por uno y otro rincón. La presencia del mármol y de la piedra lisa de los numerosos mausoleos castigaba mi alma con la severidad de las impresiones de la muerte. Los haces floridos que espiraban al pie de aquéllos eran como la representación de la marchitez humana que se escondía bajo tierra. Divagando sin orientación precisa, me encontré de pronto frente a un túmulo pétreo que atraía a gentes de la más diversa condición. Servía él de plinto a una figura de bronce que se erguía con la actitud de un gentil hombre. Me aproximé para saber quién era el muerto ilustre que concitaba tanta veneración. Una anciana apoyó sus codos sobre la piedra de aquella tumba e hizo sus oraciones con lágrimas en los ojos. Luego un pequeño grupo de niños avanzó hasta allí y adornó el lugar con ramos de claveles blancos. Dos o tres personas más observaron el mismo comportamiento, tras persignarse con unción. Y, finalmente, surgió el coloquio con la vieja de las preces, que señaló el sitio en que, defendida por las piedras, se guarda la urna funeraria, y en donde —dijo— tampoco faltan las flores.

La estatua no era otra que la de Carlos Gardel, inolvidable cantante argentino que murió hace más de veinticinco años. Es un bronce de proporciones más o menos normales que le representa con el aire que le fue familiar en los años de su apogeo artístico. El traje da la impresión del esmero con que solía llevarlo el "malogrado intérprete de la canción criolla". El rostro aparece risueño, como en los millares de oleografías y retratos de Gardel que se han fijado en tiendas, en quioscos, en cafés, en buses de todo Buenos Aires. La una mano descansa suavemente en el bolsillo del pantalón, mien-

tras la otra se suspende en el espacio con los dedos entreabiertos. Y justamente en ellos el pueblo acostumbra colocar un cigarrillo fresco, todos los días. Lo hace con la misma devoción con que prende un clavel en la solapa de aquel bronce. Tal es el signo del culto que el hombre de la calle profesa a los seres que han conseguido llegar hasta las reconditeces del alma popular, que han estimulado su emoción hasta la expresión de las lágrimas. Con Bécquer en España, con Musset en Francia y Eminescu en Rumania parece que ocurre algo semejante.

En derredor del monumento funeral de Carlos Gardel se han colocado innumerables placas recordativas. Se lo exalta en ellas como al máximo representante del arte menor de la Argentina. Hay leyendas fijadas por amigos y compañeros, por instituciones folklóricas, por centros musicales y empresas de cine, y hasta por personas innominadas que hablan de su orfandad amorosa.

¿Cómo hay que explicar esta adhesión afectiva del pueblo de aquella república? No de otra manera que recordando que el tango triunfó allí y en los medios extranjeros al conjuro de la voz inconfundible de este intérprete. Lo que tiene características de cosa única en cualquier arte, sea mayor o menor, cuenta con posibilidades más firmes de adquirir el mérito de lo inolvidable. El tango, cual lo cantó Gardel, suena aún su melancolía que cautiva en muchas partes del mundo. Pero el cantante porteño no fue sólo un intérprete, sino un creador sensible de la música popular de su patria. Por eso hay en su voz una calidad persuasiva tan singular y permanente.

En algunos hogares argentinos se me invitó a escuchar canciones de Carlos Gardel, cuyas grabaciones jamás dejan de encontrarse. Yo las oía con íntima delectación. Me traían el recuerdo de mis días de escolar, y me hacían también recordar el trágico fin de Gardel. Poco tiempo antes de tomar el avión que debía conducirlo desde Medellín hasta Quito, en viaje a su añorado país, y de que perdiera la vida en el aeródromo de aquella ciudad, ofreció una de sus últimas interpretaciones cantando aquel tango que dice: "Mi Buenos Aires, tierra florida donde mi vida terminaré", y que tantas expresiones cargadas de amor encierra para la "ciudad porteña de su único querer".

Carlos Gardel compuso o interpretó las rapsodias más saudosas, más entrañables, de la patria que había dejado en

la distancia. Es constante la tierna evocación que de su lugar nativo guardan aquellas canciones: aluden al farol y la ventana de arrabal, al "claro caminito criollo, florido y soñado", al verde saludo de los "pastos amigos", a los montes y valles que rondan las viejas carretas, a las luces del puerto, a las calles tradicionales de su "Buenos Aires querido".

Todo ello ha levantado hacia el gran cantante el corazón sencillo de su pueblo.

Padre nuestro que estás en el bronce

Me encontraba en el vestíbulo del Colegio "Sarmiento", en la ciudad de Rosario, cuando vi hacia un costado de las aulas el busto del gran estadista y educador argentino. Llevaba esta leyenda: "Padre nuestro que estás en el bronce". Sarmiento había fundado esa casa de estudios. Por ello seguramente se lo había declarado su patrono. Me pareció necesario saludar su recuerdo, como reiteración de las protestas admirativas que circulan por casi toda la América hispana. Y así, al comenzar mi conferencia ante el discipulado de aquel colegio, improvisé un elogio que se me fue trocando en ardida defensa del prócer. Porque me duraba la impresión recogida en otras ciudades y grupos de la Argentina, donde había pulsado cierto ánimo rencoroso contra Sarmiento. Tal era el corolario funesto de la pasión política y de la forma confusa con que se juzgaba su labor de hombre público. Había quienes lo tomaban como a un enemigo de las provincias y de la organización federal, recordando acaso el ultraje de "salvaje unitario" con que se lo zahirió en vida. Los había que lo imaginaban como un excéntrico destituído hasta de atributos morales. Esas razones me estimulaban a explicar el celo y la decisión que puso Sarmiento en la creación de una patria dinámica y bien cohesionada. Quería yo que se acordaran de que se proclamó sanjuanino en Buenos Aires y porteño en las provincias. Y a los elementos aristocratizantes que se sentían herederos de las tesis rocistas, heroicamente combatidas por el autor de "Facundo", les refería la anécdota siguiente: caminaban por una de las calles de Buenos Aires don Ricardo Rojas y otro escritor hispanoamericano cuando acertó a pasar por el mismo sitio un abigarrado grupo de universitarios que iba arbolando este grito de combate: "¡Viva Rozas! ¡Muera Sarmiento!" La reacción de Rojas fue de amargo disgusto. Dijo a su com-

pañero: "¡Estos mozos son muy inteligentes. Gritan viva Rozas porque desean resucitar un muerto, y piden que muera Sarmiento porque saben que éste sigue todavía vivo!"

Pocos escritores argentinos habrán contribuido en el grado que don Ricardo Rojas a la exaltación y conocimiento de la máxima figura de su país. Su biografía sarmientina "El Profeta de la Pampa", libro realizado tras varios decenios de estudio, es el mayor aporte en ese campo, y uno de los más cabales para el desarrollo del género de las "vidas" en las letras americanas. Nadie podía entender mejor que Rojas la magnitud del drama de Sarmiento, pues que se le asemejaba en ciertos rasgos superiores. Por eso don Miguel de Unamuno afirmaba que Rojas era la única personalidad de la Argentina que revelaba atributos de grandeza equiparables a los del prócer sanjuanino.

Lamentablemente, durante mi itinerario por aquel país, no dejé de advertir que también a don Ricardo se le profesaba alguna aversión en ciertos gremios de intelectuales y de catedráticos universitarios. Parecía la frecuente conspiración de la chatedad espiritual contra la figura que destaca sobre el horizonte pardo y mediocre. Y nada me fue tan necesario como demostrar la endeblez de los juicios que se oponían a su gloria. Por fin, ya de regreso de la ciudad de Rosario y en mi último día bonaerense quise visitar su casa, convertida en monumento histórico desde su muerte, todavía reciente.

En el año 56, como lo he recordado en "Tornaviaje", se me frustró el empeño de conocer a Rojas personalmente. Fui en aquella ocasión hasta su morada de la calle Charcas. Pero el admirado escritor yacía bajo estricta vigilancia médica, y no pudo recibirme. De ese fracaso me compensó la amistad epistolar que él me ofreció bondadosamente, poco tiempo después. Y corrido ya un lustro, con esta nueva visita buscaba por lo menos su presencia espiritual. Había lamentado yo el no haber disfrutado de su conversación, para corroborar el testimonio que sobre ella han dejado Picón Salas, Arturo Capdevila, Silva Valdés, Lizaso y cuantos escritores trataron al gran argentino.

En el medio cultural de nuestro continente, donde aún no se ha debelado la práctica de la impostura, que ha enaltecido perversamente a hominíacos de roma capacidad, la figura de Ricardo Rojas tendrá que cobrar un relieve excepcional y perdurable. Los conatos de notoriedad de tantos

otros no son sino cosa fallecedera. Afianzan la gloria de Rojas sus estudios sobre España, que le obligaron a vigiliass que parecía que no terminaban nunca. E igualmente los que conciernen a la historia, a las letras, al arte y a la civilización de nuestra América. Pero, aparte de ello, los libros que escribió sobre su patria constituyen un mensaje conmovedor, cargado de observaciones dolorosas como inteligentes, y rico a la vez de vislumbres esperanzadas y alentadoras.

El haber nacido en la ciudad nortea de Tucumán, donde no hay el cosmopolitismo cuyas tropillas desaprensivas y ansiosas acaban por borrar todo rastro de lo autóctono, le sirvió a Rojas para amar y entender el pasado aborigen. Creyó en el influjo de la sangre, en la persistencia de los caracteres de nuestros padres remotos. Investigó fecundamente en la historia indígena de nuestra América. Pero también comprendió y supo enaltecer nuestro ancestro ibérico; por eso no apostrofó con agriedad a España, sino que viajó a ella para conocerla mejor y trasladarla a las estupendas imágenes de su "Retablo".

De esa doble apreciación surgió su ideal de "Eurindia", que es la simbiosis de las realidades india y europea.

Yo llegué a su casa de la calle Charcas precisamente para advertir mejor la aspiración del gran maestro. Porque aquélla es la representación arquitectónica de "Eurindia". Es una morada euríndica. La concibió el propio Rojas. Está situada en un lugar de Buenos Aires umbroso y tranquilo, que no ha sido maleficiado por las desventajas que se hallan aparejadas al crecimiento de toda urbe colosal. Allí, medio cubierta por los árboles de la acera, se puede admirar una gran puerta colonial, que da acceso al patio cuadrilongo de atmósfera hispana. Se alzan en torno de él columnas de piedra, y en sus capiteles se descubren alegorías indígenas. También los aposentos muestran el mismo electuario español y aborigen.

En la casa de la calle Charcas ha quedado para siempre la huella del más ilustre escritor argentino de nuestra época. Ahí se encerró a trabajar en sus libros. Por eso había afirmado: "Más bien es convento absurdo —con un monje sólomente". Yo he caminado en silencio por sus corredores, patios y habitaciones. La imagen de Ricardo Rojas comparecía en todos los rincones, como brindándome generosa hospitalidad.

Tras haber admirado su biblioteca numerosa, y luego de examinar su archivo personal, que también él guardó con mucho celo, me apresté a dejar la histórica morada. Pero el doctor Ismael Moya, que fue colaborador leal del ilustre maestro, y a cuyo cuidado se encuentran los bienes de éste, me invitó a apurar previamente una taza de café en el escritorio de la sala principal. Y ello estimuló aun más el fervor de las evocaciones.

El viaje y las impresiones del regreso

Los viajes a tierras extranjeras van incorporándose presurosamente a los hábitos de cualquier vida ordinaria. Ya no es aspiración inhacedera la de alejarse de los horizontes nativos para airear el alma en otros ambientes, para apacentar la mirada en rincones que no conocíamos, para enriquecernos de experiencias tal vez no presentidas. Ya no es únicamente la fortuna cuantiosa quien concede este gozo, útil como ninguno, de andar lueños caminos, de hacer girar en torno del corazón ciudades que obran un encanto perdurable, de tratar gentes que nos completan la noción de lo humano. Ya no es privilegio nacido de inicuas diferencias sociales éste de navegar mares distantes, de amar otros cielos, de cargar el pecho de nostalgias para volver luego, con enternecida emoción, al lar del que se ha partido. Tampoco es privilegio de aventureros, de histriones o de diplomáticos. Viajar es necesidad cada vez más común en nuestro medio. El intelectual y el hombre de estudio comparten los beneficios de esa experiencia, que antes no la conocieron sino por caso excepcional.

Y el viaje sirve, a los que saben realizarlo, no solamente para satisfacer la congrua finalidad que los ha impulsado a arrancarse del suelo patrio, sino para tener una dimensión más justa del mundo, de la vida, de las cosas. Por eso es tan útil que se alejen transitoriamente del país cuantos deban asumir la dirección de los asuntos de éste, ya en lo material, ya en lo concerniente a la obra del espíritu. Les será dado, de ese modo, pulsar la vitalidad de otros pueblos, el ritmo de su crecimiento, la respuesta colectiva a las sollicitaciones del presente. Podrán así advertir con alguna precisión cuáles son las diferencias de tiempo que va dictando el cambiante grado evolutivo entre unas y otras naciones. Y sabrán si la suya marcha puntualmente, según la exigencia de la hora, o si

una enfermiza lentitud va reteniéndola, hasta dejarla a la zaga.

Viajar es una necesidad insoslayable para aquellos en cuyas manos está el destino de las sociedades. Pero viajar con el alma activa y alerta, con la conciencia despejada y ávida, con la mente apta a todas las enseñanzas: viajar para ver afanosamente y surtir de eficaces estímulos la aspiración de engrandecer lo propio. Esos vagabundos sin inteligencia ni sensibilidad que tornan al rincón familiar sin haberse saturado de la atmósfera de afuera, que desdeñan lo que no lisonjea a su bohemia desaprensiva, no son viajeros en la legítima acepción del vocablo. Son espíritus mostrencos, que se dejan poseer de apetitos efímeros y que jamás descubren lo que hay importante en la existencia de otros pueblos. El regreso los sorprende en la misma pobreza mental de la partida. Más de una vez hemos mirado con desilusión a esas almas oscuras, como apegadas a su propia podre, a quienes el viaje no ha mejorado ni en mínima parte. Parece que se resisten tercamente al sino proteico, al milagro de las transformaciones, que da sentido a los viajes. Deber de las sociedades será el buscar que sus mejores hombres, y no los oportunistas de todo jaez, transpongan a menudo las fronteras patrias para que hagan acopio de conocimientos con qué elevar el estado del medio propio. Deber de tales hombres será observar lo más escogido de las bondades de cada lugar, con el ánimo de imitarlas, de reproducirlas en el país del que ellos proceden.

Cuando se abandona el suelo ecuatoriano para rumboear hacia otras repúblicas no se intuye sino a medias el caudal de sorpresas que esas peregrinaciones suelen deparar. El tornaviaje se puebla con el temblor de otros cielos, con la imagen inolvidable de otras ciudades, con el vino cálido de fraternidad de amigos enconradizos, con el resuello de multitudes desconocidas. Pero también se colma de interrogaciones, las más de ellas excitadas por el amor a los linderos nativos. Efectivamente, las desemejanzas advertidas entre la patria ecuatoriana y sus vecinas, nacidas a nueva vida en la misma época que ella, y que han contado con una misma conjunción étnica y parejos recursos naturales, instan a averiguar las causas de nuestro retardo, del ritmo letárgico, notoriamente enfermizo, con que respondemos a la necesidad de las renovaciones.

El grado de deslumbramiento que nos va ganando cuando visitamos otras capitales latinoamericanas muestra con claridad cuánto hay de tardo e inepto en la marcha de la nuestra. Y el frenesí único de palpar el ímpetu de vida con que aquéllas crecen, se trueca en íntima congoja cuando volvemos los ojos a nuestra ciudad, desmedrada, preterida, triste, y desamada acaso por los mismos que la gobiernan.

Y toda la nación sufre quizás una laxitud semejante. Hay una rima fatal entre el medio bárbaro de nuestras selvas y el alma sin desbrozar de millares de gentes. La hay también entre las desoladas tierras antinas y el latifundio espiritual de las mayorías campesinas. Tropezamos a cada paso con una masa indígena que no ha despertado aún de su remota pesadilla de abyección y desamparo, y que se va pasando en una muerte diaria sin conocer la alegría. La cultura se reduce a la labor farisaica de centros oficiales convertidos en fortalezas de la mediocridad, pero cuyos muros habrá que demoler un día al grito de libertad para el espíritu.

Con esa realidad se halla el viajero ecuatoriano cuando vuelve de lugares extraños. Pero hay que insistir en que nada le hiere tan de frente como el observar el incipiente desarrollo de nuestra capital, signo de su pobreza económica y de la ausencia notoria de virtudes en quienes deben velar por ella. Si no se depone todo ánimo de secesión regional, toda política de incompreensión, no tendrá la capital el aire de vigor y modernidad que ella necesita. Sus representantes, que se han extasiado en la contemplación de ciudades americanas y europeas, están obligados a servir a Quito con sincero corazón, con activa inteligencia, con apasionada voluntad. Esa es la única manera de perdurar en la memoria y la gratitud de los pueblos.

Y, de nuevo, la doliente imagen de la patria

Con qué melancolía echa de menos el viajero su rincón familiar. Piensa en tantas cosas íntimas, aun en aquellas que tienen el rasgo de las incomodidades a que el medio nacional le ha ido habituando, y descubre cuánto molestan y hieren a su corazón las impresiones de la ausencia. Por sobre todo ansía volver, incorporarse otra vez a la rueda de los hechos nimios, entre plácidos y amargos, de la vieja rutina. La nostalgia, que puede tomar el grave sabor de la nos-

tomanía, puebla el alma del viandante que se aleja de su tierra. Eso es ley inapelable, de la que quizás no se salvan sino los que no han conocido la dimensión de los afectos puros y esenciales. Porque es en éstos en donde alienta el verdadero sentido de la patria.

La emoción del regreso está entrañada, por lo común, de una ardiente satisfacción, toda ella animada del más noble sentimiento. El cielo, el semblante del paisaje, la presencia y el aire de cada cosa parece que fueran únicos e inconfundibles en el medio en que se ha nacido y criado. Y es porque se los vuelve a ver a través de una experiencia cargada de memoria. A ello se agrega el reencuentro esperado de la mano familiar y de la voz amiga.

Tras breve tiempo —un mes apenas— tornaba yo al suelo querido. Casi me habían fatigado las tantas impresiones de mi nuevo viaje a los países del sur, cuya remembranza fijé de algún modo en las crónicas anteriores. Pero sentía que habían cobrado impulsión mis propósitos de trabajo y que, como siempre, también esta divagación extranjera había contribuido a despejarme el juicio sobre la realidad ecuatoriana.

En una mañana de octubre me encontré nuevamente con la imagen de nuestra patria. Contemplé desde el alto espacio el paisaje bravío de nuestras selvas y la reciedumbre de nuestros ramales andinos. Pasaron bajo la mirada vigilante el encrespamiento vegetal de la jungla, perdida a trechos entre las desgarraduras de la niebla, las manchas amarillentas de los tembladales, las viejas solapas de los ríos, y luego los montes, cubiertos todavía por la felpa oscura de sus arboledas, y las sierras crispadas, los serrijones agudos, los barrancales broncos, los risueños valles de sembradura. Quito era el punto de mi arribo.

Aquella imagen me enfrentaba otra vez a una triste verdad. La de que el Ecuador no ha conseguido vencer aún muchos signos de barbarie. Las infinitas extensiones selváticas, de feracidad inaprovechada que se trueca en maldición, preservan todavía una existencia de primitivismo, de misterio y asechanzas. Mientras no descuajemos la seiva y la cubramos de ciudades y poblados, de haciendas y caminos, no debemos estimular la vanidad de nuestros atributos de civilización y cultura, tan incipientes hasta ahora. Seguimos siendo un país de selvas impenetrables y de sierras y páramos yermos. Las medidas migratorias que ayudarían a

desbravar y colonizar esas regiones, y que tan buenos frutos han rendido en otros países hispanoamericanos, no pasan de la alusión transeúnte en los discursos de la plaza pública y en la utopía maligna de los planes de gobierno.

Rige de tal modo la rudeza telúrica, y es tan débil el esfuerzo del poblador ecuatoriano, que muchos lugares carecen hasta de vías de acceso. Y ni siquiera las que se tienen entre las ciudades principales han logrado terminarse después de años y años de trabajo y de la normal o caótica alternación en el Gobierno.

Aun mas, hay centros turísticos y villorrios próximos a la capital que no cuentan sino con caminos de indigencia vergonzosa, que van deteriorándose por la criminal incuria de las autoridades. Ello contrasta dolorosamente con proyectos demagógicos de obras superfluas, que van hipotecando la economía nacional y convirtiendo al pobre ciudadano en un galeote atormentado por la tiranía de las obligaciones.

El regreso al país me hacía sufrir de nuevo las congojas de las que toman conciencia los que suelen pensar con alguna serenidad en la cosa pública. El Congreso ecuatoriano daba su batalla contra el escandaloso latrocinio de los funcionarios que habían intervenido en la adquisición de implementos bélicos para nuestro ejército. Las acusaciones venían a probar mi reiterada sospecha de que mucha gente va a los cargos, no por el estipendio que se le fija, sino por el cálculo de la ganancia ilícita. El mal se extiende por toda la administración, desde la miserable tenencia política de la aldea hasta los despachos de la más encumbrada jerarquía.

Aparte de esa perversión de los valores éticos, que tan persistente daño ha causado en nuestra historia, se me ofrecía otra vez la imagen de nuestra vida pública, cursi y huérfana de alientos superiores. Las grescas o los festines partidarios, los gárrulos discursos de efemérides, de homenajes, de exaltaciones o desagravios, las condecoraciones, los múltiples cumplimientos de tufo aldeano; en suma, la cosa externa y caediza, la máscara, era cuanto advertía como respuesta a las incitaciones de una patria que un día se sublevará contra la improvisación y la ineptia, contra la interinidad y el simulacro.